

Desafíos culturales de la globalización

Pablo Guadarrama González
Profesor Titular de la Universidad Central de Las Villas
Santa Clara, Cuba

Vivimos una de las épocas de la historia de la humanidad en la que el ser humano ha tomado mayor conciencia de sus infinitas posibilidades epistémicas, de intercambio de productos, tecnologías, capacidad creativa y comunicativa, incluso hasta de experiencias eróticas y afectivas. Pero también el hombre se percata en estos tiempos de los límites y obstáculos que se le presentan para autoconstituir cada vez mejor la condición humana y alcanzar mayores niveles de plenitud y felicidad, convencido de la infinitud de esta empresa.

Se ha puesto en juego más que nunca antes la ancestral controversia humanismo versus alienación¹. El hecho de que la historia hasta el presente

1 “El humanismo no constituye una corriente filosófica o cultural homogénea. En verdad se caracteriza en lo fundamental por propuestas que sitúan al hombre como valor principal en todo lo existente y partir de esa consideración, subordina toda actividad a propiciarle mejores condiciones de vida material y espiritual, de manera tal que pueda desplegar sus potencialidades siempre limitadas históricamente. La toma de conciencia de estas limitaciones no se constituye en obstáculo insalvable, sino en pivote que moviliza los elementos para que el hombre siempre sea concebido como fin y nunca como medio. Sus propuestas están dirigidas a reafirmar al hombre en el mundo, a ofrecerle mayores grados de libertad y a debilitar todas las fuerzas que de algún modo puedan alienarlo. Todo poder supuesto a fuerzas aparentemente incontroladas por el hombre, que son expresión histórica de incapacidad de dominio relativo sobre sus condiciones de existencia y engendradas consciente o inconscientemente por el hombre, limitando sus grados de libertad, se inscriben en el complejo fenómeno de la enajenación”. P. Guadarrama. *Humanismo y autenticidad en el pensamiento latinoamericano*. Santafé de Bogotá, Universidad INCCA de Colombia, 1997. p. 20.

le haya dado mayores éxitos al humanismo y ponga en evidencia cada vez más ese metarelato falaz sobre el fatal triunfo de concepciones y relaciones misantrópicas, no significa que estén aseguradas siempre todas las vías para derrotar las más impensables formas de alienación humana, que como impercedera hidra reaparece detrás de disímiles modalidades históricamente condicionadas.

Esos graves problemas del desarrollo del género humano hacen parecer insignificantes a otros, que asumen apariencia secundaria, como el de la identidad cultural o el de la identidad nacional o el de la identidad en general². Como asegura el historiador cubano Pedro Pablo Rodríguez “El sentido de la identidad desde un principio tuvo un valor negativo y otro positivo, ya que diferencia a individuos, grupos, comunidades”³.

Con el tiempo, este problema de la identidad puede resultar tan grave como el de la clonación de seres humanos, la fabricación de virus genocidas o de mecanismos de control y manipulación de cerebros humanos, por tanto, de las voluntades de sus portadores.

Toda época histórica ha tenido y tendrá sus desafíos culturales. Unos de mayor envergadura que otros, pero en definitiva todos son riesgos imprescindibles que el ser humano debe afrontar en su permanente proceso de perfeccionamiento como especie que no sólo continúa evolucionando, sino que lo hace cada vez más en el plano de su dimensión espiritual y cultural.⁴

La determinación de la especificidad de los fenómenos culturales conduce a sostener que cultura no es cualquier producto de la acción multilateral del ser humano, sino solamente aquella actividad que contribuye a que el hombre perfeccione sus condiciones de vida y realice algunas potencialidades que le posibiliten un mayor grado de dominio, y por ende, de libertad en el permanente e infinito proceso de humanización.

Toda acción cultural presupone una carga axiológica de signo positivo si aspira a mantener el sentido originario de la etimología latina del término culto en oposición al de inculto.

2 Véase: G. Alfonso González y otros. *La polémica sobre la identidad*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1997.

3 P.P. Rodríguez. “Cultura e identidad. Notas en medio de un debate”. *Cultura e identidad nacional*. La Habana, Ediciones Unión, 1995. p. 247.

4 En relación con la necesaria diferenciación entre el contenido del concepto de sociedad y el de cultura Véase: P. Guadarrama y N. Pereliguin. *Lo universal y lo específico en la cultura*. Bogotá, UNINCCA, 1987.

La globalización es un fenómeno de naturaleza eminentemente política, social y económica, que tiene sus raíces profundas en el necesario proceso de internacionalización de las relaciones capitalistas en el mundo contemporáneo, especialmente en la segunda mitad del siglo XX.

A juicio de Noam Chomsky, “el nuevo orden mundial construido desde las ruinas de la segunda guerra mundial se atuvo estrictamente a las directrices churchillianas”. El mundo debe ser gobernado por las 'naciones ricas', que a su vez están gobernadas por los hombres ricos que viven en ellas, de acuerdo con la máxima de los padres fundadores de la democracia estadounidense: “la gente que posee el país debe gobernarlo” (John Jay).

En la medida en que el proceso seguía su curso natural, tendió hacia la globalización de la economía, con las consecuencias derivadas de ello: la globalización del modelo de sociedad de los dos tercios propios del tercer mundo, alcanzando incluso el núcleo de las economías industriales, y 'un gobierno mundial de facto' que representa los intereses de las transnacionales y las instituciones financieras que gestionan la economía internacional.⁵

En ese sentido la globalización es, por una parte, la forma predominante en que se ejecuta la política económica y social del capitalismo en los momentos actuales, con sus particularidades diferenciadas de etapas anteriores de la historia de dicha sociedad⁶ y, por otra, constituye, a la vez, una nueva modalidad de internacionalización de la vida contemporánea que da continuidad al ininterrumpido proceso de universalización de las relaciones humanas planteando nuevos riesgos.

La globalización tiene implicaciones en todas las relaciones humanas en su más amplio sentido, con la consecuente implicación cultural que se deriva de un hecho de tal magnitud.

5 N. Chomsky. *El nuevo orden mundial (y el viejo)*. Barcelona, Crítica, 1996. p. 243.

6 “(...) si bien la globalización es un fenómeno que tiene sus raíces más profundas en el desarrollo de determinadas leyes y fenómenos económicos de naturaleza objetiva que se presentan a nivel mundial -especialmente en el funcionamiento del sistema capitalista de economía mundial-, somos de la opinión de que este proceso, a diferencia de sus predecesores -la internacionalización y la transnacionalización- se distinguen por las interrelaciones que se presentan entre muy distintas tendencias. Anteriormente los contenidos de dichas tendencias no habían alcanzado el nivel de globalidad e impacto internacional que hoy presentan. Esto se debe tanto al desarrollo de las fuerzas productivas como de las relaciones de producción a nivel mundial”. S. Baró. *Globalización y desarrollo mundial*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1997. p. 136.

Sin embargo, considerar que toda expresión de la globalización posee una connotación propiamente cultural, puede conducir a los mismos equívocos que cuando se considera, erróneamente, que todo fenómeno social constituye de forma obligatoria un hecho propiamente cultural.

Del mismo modo que en el desarrollo de la humanidad se producen innumerables productos sociales que no contribuyen en absoluto al perfeccionamiento y beneficio del mundo humano, animal, vegetal, incluso a la conservación favorable de los seres vivos de la naturaleza inorgánica, tampoco todos los efectos de la globalización deben ser considerados como productos o agentes culturales, aun cuando porten el sello imprescindible de lo social. No es adecuado concebir a los procesos de globalización como expresión de una ineludible fatalidad cultural, tampoco de un determinismo ciego de carácter social, aunque el carácter objetivo de su existencia pueda prestar a confusión a quienes la conciben como un designio ante el cual no queda nada que hacer, sino solamente resignarse a sus efectos.

A juicio de Daniel Mato,

(...) la globalización no es un fenómeno con vida propia al cual resultaría pertinente asumir como causal de otros fenómenos. Tampoco es un proceso diferenciado. Pienso que, una manera más adecuada de representar 'la globalización' es como una tendencia histórica -resultante de diversos procesos sociales- de alcance planetariamente omnicomprendivo hacia la interconexión entre los pueblos del mundo y sus instituciones: de modo que los habitantes del planeta en su totalidad tienden a compartir un espacio unificado, más continuo que discreto, en virtud de múltiples y complejas relaciones, y ello no sólo desde el punto de vista económico, sino también social, político y cultural.⁷

La globalización no es buena ni mala por naturaleza propia. Ella forma parte de los procesos inherentes a la evolución social que exige al hombre romper los estrechos marcos de su terruño y trascender permanentemente hacia esferas más amplias de comunicación e intercambio, como premisa sustancial de subsistencia y reproducción a escala mayor de lo que la naturaleza de manera aislada le puede facilitar.

Sin embargo, es indudable que la globalización entraña extraordinarios desafíos culturales, especialmente si tiene en consideración el reconocimiento

7 D. Mato. "Procesos culturales y transformaciones sociopolíticas en América Latina en tiempos de globalización". En D. Matos, M. Montero y E. Amodio (coordinadores). *América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas*. Caracas, CRESAL-UNESCO, 1996. p. 12.

que ha tomado en los últimos tiempos el significado de los procesos culturales, como puede apreciarse, entre otros, en Samuel Huntington.⁸

Al respecto, Manuel Monereo plantea acertadamente que "(...) en un marco más global, no hay que hablar sólo del aspecto económico, porque hay un aspecto cultural y de identidad. La mundialización sitúa la cultura como un tema central⁹, ya que a su juicio ésta

(...) resulta también un mecanismo cultural de occidentalización del pensamiento. El componente más fuerte de esta situación es la mundialización de la comunicación -o de la incomunicación. Esta constituye un elemento decisivo en el control de las grandes transnacionales sobre el sentido común de la gente. Y afecta la identidad personal. Se trata de un poder de aculturación, ante el cual fenómenos como el fundamentalismo y el nacionalismo resultan una respuesta, si se quiere, un proceso de pérdida de identidad. Se dice que la modernidad significa un desanclaje y un reanclaje. El desanclaje del capitalismo ya transnacional implica un reanclaje, la cuestión es dónde. Es necesario advertir esa pérdida de identidad del yo individual en el marco de un conflicto colectivo, cómo afecta a los individuos y cómo reaccionan los individuos ante eso.¹⁰

No hay dudas de que ciertos demonios que desencadena la globalización de hecho embrujan ante todo a los individuos y a través de ellos a comunidades, familias, clases sociales, pueblos, etc. El problema está en buscar las fórmulas para desencantarlos y a la vez aprovechar las extraordinarias fuerzas de tan poderosos genios escapados de sus lámparas. No se trata de embutirlos de nuevo en ellas, tarea inútil y además desacertada, la cuestión es utilizar la inteligencia más acuciosa para beneficiar el género humano con sus potencialidades.

Si se aprovechan adecuadamente las posibilidades que la globalización pone en juego, el resultado puede ser muy provechoso, pero si se limita la acción del hombre a que se considere a sí mismo una víctima indefensa ante sucesos frente a los cuales su voluntad es inestimable y, por tanto, desechable, entonces no habría nada que hacer.

8 "La Cortina de Terciopelo de la cultura ha reemplazado la Cortina de Hierro de la Ideología como la más significativa división en Europa". S.P. Huntington. *El choque de las civilizaciones*. Costa Rica, Universidad Nacional, 1996. p. 19.

9 "La globalización: una mirada desde la izquierda". *Temas*. No. 5. La Habana, 1996. pp. 18-19.

10 *Ibid.*

La enigmática globalización como otros procesos socioeconómicos y políticos que han conformado la humanidad en su historia tiene dos caras y por tanto se puede mirar desde distintas perspectivas de acuerdo al observador y al objetivo de la observación. Sami Nair, al valorar el análisis realizado por Joaquín Estefanía sobre la nueva economía de la globalización, plantea que este autor

(...) ya no tiene la ilusión del mañana radiante, no ve en ello sólo un mal. Al contrario sabe que el proceso es ineluctable y mide los aspectos innegablemente positivos: el acceso de todas las sociedades al juego de la riqueza, el paso casi forzado a la modernidad, la interpretación que favorece la interdependencia y obliga a descentrarse de sí, es decir, a la apertura del mundo y a la necesaria corresponsabilidad. Pero también conoce el revés de la medalla: la difusión a una rapidez nunca vista, de la desigualdad, la pobreza, y las rupturas brutales de la cohesión social. Proceso, dice, que por su descontrol favorece el surgimiento de la dualización social y de las fuerzas 'antisistémicas'. Ninguna sociedad escapa a este infortunio.¹¹

Es indudable que los pueblos y sus gobernantes no pueden asumir ante la globalización la actitud del avestruz. Tienen que afrontarla con sus riesgos y posibilidades. De la sabiduría y las políticas acertadas que no pueden limitarse a una esfera aislada como la economía desconociendo el efecto social, ideológico, cultural, etc., depende que se salga con éxito de tan arriesgada empresa.

Ante todo es necesario diferenciar los planos objetivos y subjetivos de los procesos globalizadores, así como la precisión conceptual y su diferenciación de otros términos con sentidos relativamente familiares como universalización, mundialización.

Es cierto que desde que aparecen las primeras comunidades humanas surgen procesos de intercambio de conocimientos, experiencias tecnológicas, comunicación, comerciales, de concepciones jurídicas, políticas, influencias ideológicas, entre otros, que algunos podrían considerar las primeras manifestaciones de la globalización. Mas sería un camino erróneo extrapolar los límites de los procesos reales que en las últimas décadas de este siglo XX se conocen como fenómeno de la globalización.

11 S. Nair. "Epílogo" a J. Estefanía. *Contra el pensamiento único*. Madrid, Taurus, 1998. pp. 336-337.

En todas las épocas históricas del proceso civilizatorio y en su conformación, los pueblos han sido culpables o víctimas de relaciones de conquista y dominio con objetivos de beneficio económico, ante todo, pero también por otras razones de carácter espiritual. Los dominadores no se han limitado a acumular riquezas, sino que necesitan además disfrutar de múltiples placeres que implican hasta el orgullo de imponer sus valores y concepciones como las más adecuadas.

No siempre este proceso de expansión axiológica ha resultado negativo para la humanidad. En ocasiones, el género humano ha sabido aprovechar los efectos de la dominación de pueblos con niveles civilizatorios superiores en todos los órdenes de vida material y espiritual, y tales asimilaciones hasta le han permitido alcanzar posteriormente grados de autonomía e independencia que posibilitan aceleración en su desarrollo socioeconómico.

Tales procesos de universalización de las conquistas culturales han existido siempre y existirán, pues son consustanciales a la historia humana. El hombre es un ser que por naturaleza no es ni bueno, ni malo, ni imperfecto, ni perfecto. El hombre no es más que el producto de su propia acción consciente y educativa. Es un ser que se perfecciona continuamente si las condiciones favorecen ese perfeccionamiento, de lo contrario se pueden universalizar en lugar de valores los antivalores que atentan contra su propia condición.

El hombre es el único ser que posee plena conciencia de su interés por la trascendencia y la cultura. El afán por constituirse en un ser trascendente se plasma en todas las dimensiones de sus acciones y obras. El hombre no construye, ni crea, ni engendra para que resulten efímeros los resultados de su labor. Siempre concibe los productos de su trabajo, de su inteligencia y de sus relaciones humanas para la eternidad y como expresión de una actividad culta.

Por esta razón Armando Hart considera que “la cultura no es algo accesorio a la vida del hombre, está comprometida con el destino humano y ejerce un papel funcional en la historia. Situada en el sistema nervioso central de las civilizaciones, en ella hacen síntesis los elementos necesarios para la acción y el funcionamiento de la sociedad como organismo vivo” .¹²

12 A. Hart. “Identidad vs globalización. Hacia una ética humanista en la postmodernidad”. En *Revolución y cultura*. La Habana. No. 1. 1997. p. 5.

La historia de la humanidad no es más que el producto y a la vez el agente de tal proceso de búsqueda de trascendencia cultural. Pero, del mismo modo, los efectos sociales, económicos, políticos, incluso éticos, que traen aparejadas estas relaciones generalmente desequilibradas, por cuanto no se establecen entre pueblos en que prevalezcan las similitudes sino más bien las grandes diferencias en todos los órdenes, -y ante todo en lo económico-, no pueden ser apreciados a priori como necesariamente beneficiosos en la que todos los finales de los dramas concluirían como los *films* de Hollywood o las novelas de Corín Tellado, lo cual resulta tan iluso como irreal.

Es indudable que desde la época de los grandes imperios antiguos y medievales sus gestores tenían conciencia plena de que estaban universalizando su cultura, aunque no la denominasen así. Además, por supuesto la entendían no como su cultura sino como la cultura o la civilización en general, como fue usual la utilización de este término antes que el de cultura para caracterizar estos procesos generales de asimilación progresiva de valores.

Lo mismo los artífices de imperios como el romano, el mongol, el árabe, el incaico, el azteca, como de los nuevos imperios coloniales español, inglés, francés, nazi, entre otros, que siempre se autovaloraban como los portadores exclusivos de la “razón” y la “justicia” universales. En ocasiones buscarían justificaciones hasta sobrenaturales para sus acciones impositivas de su criterio del “deber ser”, en otras les ha bastado el argumento del éxito para intentar demostrar su superioridad y, por tanto, presumida validez de argumentos.

Para cada uno de los gestores de estos procesos de dominación, el mundo ha sido concebido en relación con las fronteras expansivas de sus respectivos imperios. Y los otros imperios han sido concebidos no como otros mundos que tienen derecho a coexistir, sino como mundos conquistables también para que formen parte de su mundo.

El mal llamado descubrimiento de América fue el momento máximo hasta entonces de toma de conciencia de las extraordinarias dimensiones del globo terráqueo, pero también de sus límites espaciales, y por eso se lanzaron pequeños pueblos como el español, el portugués, el inglés, el francés, el holandés, el belga, a conquistar espacios que multiplicaban extraordinariamente el área de sus respectivos territorios, así como la magnitud de sus poblaciones. De este modo aspiraban a centuplicar sus mundos y a “universalizarse”, es

decir, a tratar que los demás se convirtieran en seres más o menos semejantes a ellos, aunque siempre los enjuiciasen como inferiores por su carácter de *copia* y no de *originales*.

Quizás algunos consideren con mayor o menor razón que este fue un momento decisivo de los procesos globalizadores. Otros, tampoco sin razón, aprecian esta conquista europea del continente -posteriormente denominado americano- como una expresión necesaria de la internacionalización de las relaciones económicas que exigía el desarrollo del capitalismo con todos sus logros y desafíos culturales añadidos.

Resulta indudable que, a partir de ese momento, junto a la paulatina conquista del Africa y hasta de remotas regiones del Asia, se tomó conciencia de la finitud de la esfericidad del globo terráqueo, pero a la vez se pensó que las riquezas contenidas en él eran inagotables y sólo bastaba explotarlas indiscriminadamente.

Algunos pueblos ancestrales, entre ellos los aborígenes de estas y otras regiones, tenían concepciones más proporcionadas de su poderío y flaqueza frente a las fuerzas y riquezas de la naturaleza. Por tal motivo, desarrollaban una cultura de genuino cultivo tanto del entorno natural, como de la propia condición humana, para que ésta, en desequilibrada lucha, no terminase en genocidios conscientes o inconscientes como se temen en la actualidad.

Fue este un momento de choque de culturas, no de atenuado encuentro o sencilla hibridación, fue inicio de un mestizaje no concluido y que no concluirá jamás porque ese parece ser el destino de todas las etnias y culturas que se autopresentan como paradigmas de pureza.

Con ocasión del V Centenario del proclamado descubrimiento de América se enfrentaron los sectarismos de un lado y otro del Atlántico. Defensores del paternalismo ibérico y eurocéntrico frente a intransigentes indigenistas llegaron a posiciones extremas. Es cierto que hubo también posturas más equilibradas y conciliadoras, pero tampoco fueron las más abundantes. Prevalció el criterio sobre el necesario pase de cuentas.

Otras efemérides significativas conmemoradas este siglo XX, tales como el bicentenario de la Independencia de las trece colonias inglesas en Norteamérica y el nacimiento de los Estados Unidos de América, el bicentenario de la Revolución Francesa, los jubileos de la Revolución de Octubre en Rusia o el fin de la II Guerra Mundial han motivado reflexiones en ciudadanos comunes de muchos países sobre las dimensiones de la historia universal y sus efectos

para la construcción de una cultura universal concebida sobre pretendidos valores también considerados universales.

Pero en verdad, como plantea Samir Amin:

En esta expansión mundial el capitalismo reveló la contradicción que existe entre sus pretensiones universales y las polarizaciones que genera en la realidad material. Los valores, totalmente vacíos, promulgados por el capitalismo en nombre del universalismo (individualismo, democracia, libertad, igualdad, secularidad, ley, etc.) son meras mentiras para las víctimas del sistema, o valores que sólo se adecuan a la cultura de Occidente. Esta es una contradicción permanente, pero en las fases en que la globalización aumenta (como ahora mismo), deja al descubierto su violencia.¹³

A la vez, se aprecia la aceptación universal de innumerables conquistas científicas y tecnológicas que en su proceso de universalización se han difundido a la mayor parte de los países del mundo, aún cuando sea para el disfrute de una minoría de la población, como el uso de antibióticos, vacunas, prótesis, insecticidas, aparatos de aclimatación, automóviles, teléfonos, radios, televisores, y otros electrodomésticos, alimentos conservados, productos higiénicos, etc.

Es difícil concebir en cualquier parte del mundo a una persona culta que desconozca o prefiera prescindir de estas conquistas de la humanidad. Pero simultáneamente se han ido imponiendo no sólo patrones de consumo material sino concepciones políticas respecto a la forma de organizar los Estados y gobiernos, criterios sobre cómo debe funcionar la democracia, normas jurídicas, éticas, estéticas. Incluso las religiones más difundidas pugnan entre sí por lograr mayores niveles de universalidad.

Y en medio de ese mundo de objetos e ideas que deben ser consumidos cada día, unos hombres se levantan con la incertidumbre de la supervivencia inmediata y otros con la seguridad relativa que ofrece la opulencia, siempre amenazada.

De un modo u otro les llegan informaciones sobre nuevos productos que salen al mercado, nuevas investigaciones que prometen la eterna búsqueda de la longevidad o la potencia sexual ilimitada, o sobre la forma superior de organizar su economía, de perfeccionar su familia, sus compañeros de trabajo, vecinos, conciudadanos, o de cómo defenderse de los ladrones y violadores.

13 S. Amín. "Imperialismo y culturalismo: mutuamente complementarios". En: R. Vega. *Marx y el siglo XXI*. Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 1998. p. 302.

Todos parecen ser expresiones de la mal llamada cultura moderna, cultura de masas, cultura de consumo, etc. ¿Acaso algunos de estos productos "culturales" -como los *filmes* de violencia que estimulan los asesinatos que llegan a preocupar hasta el presidente de los Estados Unidos de América-, deben ser calificados propiamente como culturales? ¿Son genuinamente hechos culturales o deben ser considerados como especie de excrementos sociales que debe purgar la humanidad como todo organismo vivo? ¿Algunos de estos fenómenos sociales no serían mejor calificados si se considerasen como expresiones de anticultura o de contracultura? ¿Con qué derecho debemos endilgarle al concepto de cultura, calificativos tales como "cultura de la violencia", "cultura del crimen", "cultura guerrerrista", que atentan contra la etimología de este concepto"?

Aquí también podría decirse *iOh! Cultura, cuantos crímenes se cometen en tu nombre*. No es más apropiado caracterizar a estos fenómenos como expresión de sociedades violentas, guerrerristas y criminales. Ante todo, salvemos el concepto de cultura, si es que aspiramos a que nos globalicemos con dignidad, o sea, con criterios de humanismo práctico.

La humanidad es no sólo el producto de la acción humana en su permanente perfeccionamiento, es también el punto de referencia o sentido de superación de todo lo existente. La cultura, con todas las potencialidades productivas, tecnológicas, científicas, ideológicas, éticas y estéticas que encierra debe constituir el instrumento máspreciado para mejorarla, en la misma medida en que ella se autocorriga.

¿Pero quienes son los sujetos correctores? Afortunadamente no existen preelegidos para tales misiones, aunque algunos se lo crean. Tales sujetos son múltiples y en muchas ocasiones se dimensionan de manera distinta a través de los mismos individuos que a la vez pertenecen a una comunidad, un barrio, una familia, un partido, una organización de la sociedad civil, una clase social una institución, una empresa, una ciudad, un pueblo, un país o una comunidad de ellos.

El grado de comprensión del problema depende del papel que el sujeto político y social desempeñe frente a los desafíos culturales que plantea la globalización. En ocasiones encuentra conflicto en el choque posible de intereses de algunas de esas instancias entre sí al tomar determinadas decisiones, pero cuanto más elementos posea, su elección será más libre y culta.

En los inicios del capitalismo era mucho más evidente la interdependencia entre saber y poder, y por tal motivo el afán de todos los ilustrados era constituir una ciudadanía culta para el ejercicio de la democracia y el adecuado despliegue de las relaciones jurídicas, políticas, tecnológicas, comerciales, etc.

En la actualidad ese criterio se ha modificado sustancialmente, por tal motivo Heinz Dieterich Steffan, con acierto, sostiene:

La unidad tendencial entre la cultura, la universidad y la clase burguesa, que en la fase de ascenso de la burguesía y de su lucha contra el feudalismo parecían posible cual coexistencia armónica entre el saber y el poder, se está convirtiendo rápidamente en mito del pasado. La regresión política de la burguesía desde una clase revolucionaria hacia una clase reaccionaria-plutocrática; su trivialización e instrumentalización de la cultura como medio de castración ideológica de las mayorías y la transformación de las universidades en empresas de servicio -que únicamente generan conocimientos de dominación política y de maximización de ganancias- llevan la idea de Voltaire sobre la historia mundial como medio de la lucha para el progreso y la educación del ser humano, *ad absurdum*. De esta manera, la dialéctica de la ilustración pareciera encontrar -al menos temporalmente- su fin unidimensional en el triunfo de la razón instrumental.¹⁴

La actividad productiva vital de todo ser humano en nuestros días no es afectada solamente por procesos globalizadores de la economía mundial que, quiera o no, repercuten en la productividad, calidad productiva, etc., sino que todo lo que él produce, de un modo u otro, se articula a esas relaciones económicas y sociales. Por tanto, no puede ignorarlas.

No puede pensar prejuiciadamente que produce para un mercado exclusivo de consumidores obligados a adquirir una única mercancía. Entre las causas económicas del derrumbe del llamado “socialismo real”, está el error de considerar un cliente robotizado, condenado a adquirir siempre el mismo producto, aún cuando éste, incluso, hubiese disminuido en su calidad.

En tiempos de globalización, ni el obrero, ni el ingeniero, ni el científico y mucho menos el artista o incluso el político puede partir del falso presupuesto del público asegurado para su obra, porque los criterios de consumo se tornan tan dinámicos en la actualidad, dados los sistemas informativos y de comunicación masiva, que rápidamente se transforman y declaran obsoletos productos y

14 H.D. Steffan. “Globalización, educación y democracia en América Latina”. En N. Chomsky y H.D. Steffan. *La sociedad global. Educación, mercado y democracia*. La Habana, Editorial Abril, 1997. p. 123.

concepciones que años atrás demoraban mucho tiempo en transformarse.

Tal situación no debe apreciarse con signo negativo, sino aprovechar tales mecanismos comunicativos que facilitan la oferta de mejores opciones a fin de que el producto de nuestra actividad no quede engavetado para los museos de errores tecnológicos o científicos o como expresión de la chapucería humana.

La globalización demanda creatividad y ésta debe ser entendida en todas sus dimensiones, tanto de eficiencia económica como de utilidad social para que constituya propiamente un bien cultural y no otro producto que se añada a los excrementos mercantiles que finalmente deben ser hasta incinerados. Mas la creatividad exige, a su vez, criterios de conservación ecológica, perspectivas de género, generacionales, incluso hasta étnicas, ideológicas, religiosas, pero sobre todo demanda criterios éticos y estéticos. Ignorar estos dos componentes en toda creación, tanto material como espiritual humana, es nefasto para el destino final de cualquier obra.

Por supuesto que no todos los productores en los distintos países toman en consideración tales criterios, ni existen los mecanismos engrasados de control y regulación jurídica para que constantemente aparezcan desastres de todo tipo, que por lo regular se experimentan primero en aquellos países dependientes tecnológica, comercial y financieramente de los grandes bloques de poder del capitalismo actualmente transnacionalizado.¹⁵

En la actualidad, con la crisis de los Estados nacionales y el poder ilimitado adquirido por el capital financiero transnacional en su desenfadada carrera especulativa, ya no son ni siquiera gobernantes y parlamentos los que deciden en ocasiones la política nacional y las medidas de carácter internacional, sino los grandes banqueros quienes imponen sus criterios no muy culturales, ni democráticos.

Tal preocupación la expresa el actual presidente de Brasil Fernando Henrique Cardoso cuando expresa:

15 "En lo esencial, a finales de la década del setenta, ya estaban creadas las premisas económicas, políticas, ideológicas y científico-técnicas, que permitirían un avance sin riendas del imperialismo hacia lo que, con toda propiedad, podemos considerar un nuevo estadio de su desarrollo, cuyo rasgo distintivo es el predominio económico, político e ideológico del capital monopolista transnacional". R. Cervantes y otros. "La metamorfosis del capitalismo monopolista". *Cuba Socialista*. La Habana. N. 8. 1997. p. 46.

Esa es la gran contradicción que tendremos que enfrentar en el siglo XXI: a la globalización del sistema productivo, del área económica, no le siguió en la misma proporción una definición también global, en el plano del poder. No existe el poder mundial legítimo ni una definición de la autoridad mundial legítima. Tampoco la regla opuesta, la de la fuerza que se impone sin consentimiento, sin autoridad, y que aun continúa siendo importante en el plano mundial, tampoco ésta tiene mecanismos suficientes fuertes para definir de qué manera se reestablecerá la convivencia democrática en el plano internacional.¹⁶

Esto significa que los desafíos que plantea la globalización tienen una raigambre profundamente política y dependiendo de cómo se comporten ante ella gobiernos, partidos, clases sociales, entidades de la sociedad civil podrá tomar un rumbo más favorable o no a los intereses de los países económicamente débiles.

Ante tal situación, la actitud de estos países no debería ser la clásica postura de las fracasadas burguesías nacionales que de forma oportunista sacrifican los intereses nacionales y, en aras de salvar sus riquezas, los ponen también a volar como capitales golondrinas como con frecuencia sucede cada vez más en los países latinoamericanos¹⁷. Pero entre el “deber ser” y “el ser” existen muchos abismos, aun antes que Kant. La realidad es que para estos países el efecto de la globalización trae, a la larga, más resultados negativos que beneficiosos para la mayoría de la población.

Pensar que las ventajas culturales de la globalización se miden por el número de teléfonos celulares de los ejecutivos, de automóviles que se congestionan en las calles, por la altura de los edificios que compiten con los de New York, por la similitud de los comerciales de la televisión y las mercancías en los supermercados, resulta una manera muy superflua de apreciar la cultura.

Esos pueden ser algunos de los desafíos culturales que trae aparejada la globalización al producirse fenómenos de homogeneización de la vida, tales como el que en ocasiones motiva que un individuo se sienta lo mismo en un

16 F. Henrique Cardoso. “Gobernabilidad y democracia: desafíos contemporáneos”. En: *Gobernar la globalización*. Brasilia, UNESCO-ONU, julio de 1997. p. 19.

17 “No olvidemos, a partir del siglo XIX todos los proyectos cognitivos, económicos, políticos y estéticos del subcontinente han sido legitimados por los saberes expertos que despliega la globalización”. *Cuadernos americanos*. Nuevo Época. No. 67. enero-febrero, 1997. p. 210.

país que en otro cuando está encerrado en algunos de los grandes centros comerciales de similares características. Sin embargo es erróneo pensar que tales procesos conducen irremediamente a la pérdida de identidades y a la erradicación de las necesarias diferenciaciones.

Como sostiene José Ramón Fabelo:

Y es que la globalización de las relaciones sociales y el origen de una comunidad mundial, íntegra e interdependiente, no borró en modo alguno la heterogeneidad del planeta y las grandes diferencias entre los distintos grupos humanos. Es obvio que el surgimiento de un nuevo marco social no hace desaparecer automáticamente a los otros, de menor rango de generalidad. La aparición de las clases no eliminó a la familia, la formación de las naciones no acabó con las clases, el arribo de la comunidad universal no significa la desaparición de la división del mundo en naciones. Todo esto genera la coexistencia de una multitud diversa de grupos humanos. Cada uno de estos conglomerados, divididos por sus niveles de desarrollo socio-económico, su pertenencia nacional y estatal, su posición de clase, su autoconciencia religiosa, factores de raza, etnia, propiedad, etcétera, conserva sus propios intereses, fines y posibilidades reales de lograrlo, así como su propia escala de valores.¹⁸

Los pueblos tienden a aprender unos de otros y en tal sentido contribuyen a universalizar sus respectivos valores del mismo modo que a criticarse por sus antivalores. En una época como la presente cuando la comunicación ha adquirido parámetros tan extraordinarios, es de esperar que el balance de tal intercambio de valores sea, como se ha comportado hasta el presente en la historia de la humanidad, más favorable que perjudicial.

Los parámetros para medir la calidad de vida han comenzado a modificarse en los países capitalistas desarrollados, porque lo que en otros momentos eran sutiles formas de enajenación, se han tornado tan evidentes para muchos ciudadanos comunes que comienzan a rechazar aquellos "productos culturales" enlatados.

Un elemento que ha favorecido cambios de conducta en la población mundial es el turismo y su incremento considerable en los últimos tiempos. Este intercambio ha permitido a muchos apreciar que sus concepciones y hábitos de vida no siempre son los mejores ni los más humanamente deseables. Toda acción que contribuya a que los seres humanos se conozcan mejor, se

18 J.R. Fabelo. *Retos al pensamiento en una época de tránsito*. La Habana, Editorial Academia, 1996. p. 19.

autovaloren y valoren a otros pueblos, contribuye al enriquecimiento de la condición humana, independientemente de los imprescindibles riesgos que implica cualquier relación humana. Todo dependerá del tipo de prejuicio con el cual ésta se asuma.

Los pueblos no tienen por qué temer a conocerse mejor, a intercambiar sus artes, sus costumbres, sus concepciones y criterios de vida. Podrán salvaguardar su identidad cultural en la misma medida en que sean más auténticos, es decir, que sus ideas e instituciones se correspondan mejor con sus condiciones específicas de existencia y necesidades de desarrollo propio.

No sólo resulta menos aburrido ser auténtico que ser idéntico, sino es imposible. Así, la imposibilidad de que la globalización produzca una clonación cultural lo será más en la misma medida en que el factor subjetivo, ésto es, la acción de gobernantes y ciudadanos se lo planteen, preocupen y ocupen efectivamente por impedirlo.

Y para lograr tal objetivo es imprescindible que se conozcan y divulguen los valores de la cultura nacional, de sus próceres, pensadores, intelectuales, artistas, de la sabiduría popular, del folklore genuino, y no el que se produce artificialmente para consumo de turistas.

Si se cultiva la verdadera cultura -y valga esta redundancia-, entonces podrá afrontarse con criterios humanos conscientes y bien dirigidos los procesos que hoy plantea la globalización y que en todo futuro planteará la permanente universalización de toda cultura propiamente dicha.